

Antoine de Saint Exupery

CARTAS DE JUVENTUD

(1923-1931)



Estas cartas recogen un aspecto inédito de Saint-Exupery. Contienen multitud de facetas: filosóficas, humorísticas, sentimentales... que completan y enriquecen la imagen del gran autor, al tiempo que forman un documento literario del mayor interés, de intenso contenido poético y gran fuerza expresiva, como nos tiene acostumbrados el autor.

PREFACIO

DIEZ años de juventud y de amistad. Entre sus veinte y sus treinta años. Es una época de sensibilidad de ultrasonido, de originalidades, de luchas a menudo patéticas. Más tarde, Antoine aviador, escritor ilustre, habrá encontrado ya su unidad, su camino, su gloria... otro patetismo.

Hojeando estas cartas, florecen de nuevo en ellas mil matices de recuerdos que van desde la impresión, siempre sorprendente, a la intensa emoción... Recuerdo uno de sus ademanes, tal vez el más familiar:

Con un cigarrillo entre el índice izquierdo y el tercer dedo, sostenía, al mismo tiempo, la caja de cerillas, Frotaba con la mano derecha, una de ellas arrojaba su luz, lo iluminaba desde abajo, alentaba, y moría. Su cuerpo de atleta, su rostro do *Gilíes* de Watteau surgían y se desvanecían en la sombra.

Era demasiado largo para empezar una frase o un soneto, o defender una posición violentamente, aunque con voz sorda y demasiado breve para concluir. Por otra parte, nunca se llegaba a conclusión alguna puesto que ninguno de nosotros era de la misma opinión. Y el gesto de Antoine empezaba de nuevo, y el cenicero pronto desbordaba de cerillos que formaban un minúsculo brasero debajo de su cigarrillo intacto.

En mi familia, las opiniones acerca de él discrepaban:

—Es un muchacho estupendo —decía mi padre.

Pero a mi madre y a mis hermanas mayores les extrañaba su mutismo.

Nosotros, los más jóvenes, sabíamos descubrirle tras aquella muralla de silencio que los niños yerguen o atraviesan tan fácilmente. Como él, nosotros seguíamos siendo niños.

Antoine iba al mismo colegio que mi hermano: la «Escuela Bossuet», antesala del «Instituto Saint-Louis». Sus condiscípulos exclamaban:

— ¡Qué tipo más raro! Vive a base de cafés para poder comprarse un sextante. Escribe cuentos en la hora de estudio. Con el tiempo, llegará a ser famoso.

Muchachos alegres, se preparaban para la Escuela Naval, adoptando, según la frase de un profesor, «métodos perfeccionados para perder el tiempo».

Un día de huelga de transportes, Bertrand, mi hermano (a quien llamaban B. B. y también B²) retuvo a comer a dos de ellos. Desde las siete, sustituían a los huelguistas en los autobuses. ¿Antoine y Bertrand controlaban los billetes? Ya no lo recuerdo. El tercero de ellos conducía el vehículo. (Le llamaremos *Eusebio* porque el género de las comedias de Musset se le ajusta perfectamente). Pero, aquel día, una vendedora de naranjas sufrió las consecuencias, o al menos su carricoche; las naranjas esmaltaban todavía el bulevar Saint-Germain.

Sabíamos que Antoine escribía. Por la tarde, nos leyó un drama poético compuesto por él. En su obra figuraban príncipes salteadores, de un reino imaginario, al que tenían aterrorizado... El autor declamaba, con un mechón de pelo negro caído sobre los ojos y un cortapapeles en la mano. ¡Qué puñal! Pronto olvidé el incidente de las naranjas.

Dos años más tarde, Antoine fracasó en los exámenes de la Naval. ¿Qué carrera adoptaría, pues? En nuestro grupo de amigos, que era el suyo, lo discutimos a menudo. Estábamos en París, en pleno verano.

Si el calor había perjudicado a las matemáticas, en cambio favorecía las largas charlas en las terrazas de los cafés.

Saint-Germain-des-Prés era ya nuestro cuartel general, y, en los recuerdos parisienses de Antoine, sus bares ocuparán siempre un sitio de honor:

—¿Os acordáis de aquel mozo de *chez* «Lipp», que le dibujaba cabellos en la calva con un lápiz? ¿Recordáis que siempre pedía los paquetes vacíos de «Craven» o de «Lucky» para su hijita, para que jugara con ellos y le dejara dormir por las mañanas...?

O bien en casa, en la rue Saint-Guillaume, las veladas musicales hallaban en él a un oyente absorto, apasionado. A veces, empuñaba mi violín, improvisaba, estilo demiurgo, y, luego, súbitamente, decía:

—Vamos al cine,

Recuerdo al Charlie Chaplin comentado por él en *El Peregrino*. ¡Qué descubrimiento!

Porque sus discursos, cuando Antoine se dignaba hablar, levantaban ecos. Aun hoy en día, recuerdo cierto soneto... Una visión del poeta acerca del agudo perfil de una ciudad.

*Un seul oiseau pourrait s'y poser
(Un solo pájaro podría posarte en él)*

escandía Antoine, tan sensible a la cadencia, que arriesgaba este consejo;

—¡Antes una falta de francés que una falta de ritmo! Y recomenzaban las discusiones, en las que él representaba el papel de abogado del diablo frente al incorruptible *Eusebio*. Éste era, y siguió siendo su mejor amigo, pero no cesaban de importunarse mutuamente. Yo, muy serena en lo que se refiere a la literatura, me arriesgué un día a pedirle consejo. Conseguí algo mejor. Como prueba amistosa de su simpatía recibí una respuesta escrita, una profesión de fe, Fue la primera carta que recibí de Antoine (I, p. 1255).

Llega la hora del servido militar. Mi hermano es marino, *Eusebio*, cazador alpino, Antoine, aviador.

En Le Bourget, el brigada del 33° de Aviación hace acrobacias. Aunque ya tiene novia, comete verdaderas locuras, vuela a ras del suelo. Le apodan «el condenado a muerte». Un domingo, a poca altura, volando por encima de los suburbios, una avería de combustible provoca la pérdida de velocidad y, finalmente, la caída. Fractura de cráneo y larga convalecencia; rompimiento de relaciones con la familia de la novia, a pesar de la baja, que por fin accede a presentar.

¿Qué hacer? Hay que trabajar, porque Antoine, como suele decirse, «vive a salto de mata». Su familia, de excelente origen meridional, está lejos. Tiene que abrirse camino.

Ya tenemos a Saint-Exupéry sentado en una oficina, la de la «Société des Tulleries» de Voiron.

—¡Me sienta como un vestido con cola!

Su melancolía va en aumento con las cifras que alinea. Para huir de ellas, pronto ingresa en otra sociedad, la de los camiones «Snurer».

Y Saint-Exupéry se convierte en representante de camiones de cinco toneladas. Cuando menos, viaja y descubre hasta el último pueblecito de las provincias francesas. Pronto recibo una carta suya, desde Dompierre-sur-Besbre (II, p, 1257).

En el Morvan, Antoine prosigue sus viajes, en compañía de *Eusebio*, que se le ha agregado. Luego, recorre la Creuse. Esta vez, solo (III-IV, p, 1260).

En París, echábamos de menos a «Saint-Exu»... Por fortuna aquel ayuno de intercambios amistoso se quebrantaba de cuando en cuando gracias a sus frecuentes visitas. Y nos reuníamos de nuevo en Saint-Germain-des-Prés, *chez* «Lipp», en la pastelería de «A la Dame Blanche»...

En esta última, resonaban nuestras discusiones, Cuando las fechas coincidían, el ex piloto se reunía con mi hermano,

el marino, que llegaba de Brest con permiso. Éste llevaba consigo a sus compañeros y los debates aumentaban de volumen. Entre esos marinos había uno, llamado Albert, testarudo, charlatán y apasionadamente aficionado a los dulces:

—¡*Mademoiselle!* —encargaba, apenas se sentaba en «A la Dame Blanche»—. *Mademoiselle*, tráiganos *babas*^[1].

Olisqueaba los *babas* y empezaba:

—¡*Mademoiselle!* ¿Qué es este ron, por favor?

—Pues, *Monsieur* de D... es ron de *babas*.

—No, *Mademoiselle*. Tenga la bondad de llamar a la cajera.

—*Madame*, no se puede tolerar que empleen esa especie de jarabe para hacer los *babas*. ¿Tiene la bondad de llamar al dueño?

—Pero, *Monsieur* de D...

Llegaba el dueño,

—Caballero, he comido a regañadientes sus *babas* y no puedo aceptar la cuenta. El ron que emplea usted para los *babas*, *Monsieur*, prefiero decírselo francamente..., es alcohol de feto. Buenos días, *Monsieur*.

—No me gustan los «líos» —concluía Antoine, menos osado—, pero hay que descubrirse ante el genio de la insolencia.

En otra ocasión, nos reunimos en «A la Dame Blanche» mi hermana Laure, Antoine y yo. Los consejos literarios están en el programa, pero la conversación va a centrarse en Pirandello, de quien los Pitoëf representan *La verdad de cada cual* en el «Teatro de los Campos Elíseos».

Al poco rato, las camareras de la pastelería se truecan en estatuas de sal ante la violencia de la discusión...

¡Con lo bien que había empezado todo! Antoine, encantado por su estancia en París, encomiaba la acogida que le habían dispensado sus amigos:

—¡Tú eres un puerto para mí, Rinette!

—¿Un puerco? ¿San Antonio?

—¡Oh, ya es demasiado!

Antoine enrojecía, furioso, enternecido, deseoso de enterarse de nuestras diversiones primaverales

Fue en aquel momento cuando Pirandello apareció en plan de aguafiestas. Al oír su nombre, vi como la primera nube invadía la frente de Antoine, mientras una neblina apagaba el brillo de sus ojos. Sus grandes ojos negros, de una maravillosa integridad, colocados un poco de lado, como los de los peces:

—¡Ah! —suspiró.

Mi hermana y yo no callábamos: habíamos visto *La Belle Aventure, Arsène Lupin...* Pero, ¡qué bomba había estallado en las tablas, donde ya no se representaba una historia de amor o policíaca, sino de filosofía, mucho más apasionante aún!

—¡Hum! gruñía Antoine, cada vez más sombrío.

—Está muy claro —Y mi hermana, inconsciente de la tormenta, se lanzó—: Hay que remontarse a Ibsen para encontrar algo que se le pueda comparar en interés.

Antoine palideció:

—¡Bah! —dijo, resoplando ligeramente—. ¿Cómo te atreves a compararlos? «Vuestro» Pirandello hace una metafísica para porteras.

Se levantó bruscamente y una de las cucharillas cayó al suelo; el ruido despertó a las estatuas de sal. La despedida fue un poco violenta, en la acera del bulevar Saint-Germain.

¿Por qué aquel súbito furor? Yo guardaba de Ibsen el recuerdo de *El pato salvaje*, que me había emocionado profundamente. Pero, ¿acaso era una blasfemia admitir otro valor dramático? En cuanto a la metafísica, Pirandello y su público (nosotros entre él), la hacíamos sin saberlo. Quedaba el epíteto «para porteras». Era lo más duro de tragar.

Es de suponer que también a él le dolía: debió de pasarse una parte de la noche precisando la posición del futuro Saint-Ex frente al problema, no sólo filosófico y literario,

sino también social. Todo ello precedido por los consejos solicitados en la pastelería. Y encerrado en una voluminosa carta que me trajeron a las ocho de la mañana (V, p. 1264^[2]).

Los negocios también exigen una dedicación total. No se vive en «A la Dame Blanche» *de babas*, helados y filosofía. En todo un año, Antoine sólo había vendido un camión. Los directores de la compañía «Sau rer» le juzgaban encantador, pero poco práctico.

En cambio, en el firmamento de las letras su estrella asciende. Una prima de los Saint-Exupéry, aficionada a las ciencias, ofrece a muchos escritores una acogida de gran dama y de amiga^[3]. En su casa, Antoine conocerá a André Gide, Ramón Fernández, Gastón Gallimard, su futuro editor... Y, a través de ellos, a Paul Valéry, Léon-Paul Fargue, la *Nouvelle Revue Française* en peso... Uno de sus colaboradores, Jean Prévost, se ocupa, además, de las nuevas publicaciones. Hablando con él, le llama la atención la nostalgia del aire que acosa al joven ex piloto. ¡Qué palabras encuentra para expresarla! ¡Que tuerza hay en ellas!

—Todo esto debería escribirlo usted.

—¿Le parece?

Pronto, Jean Prévost, secretario de redacción del *Navire d'Argent*, presenta a Adrienne Monnier, directora-fundadora, un joven autor, Antoine de Saint-Exupéry, Su narración larga, *El aviador*, aparecerá no sólo en la revista^[4], sino también en el cálido ambiente de los *Amigos de los libros*, me de l'Odèon, la célebre editorial de Adrienne Monnier.

Es agradable ser descubierto y apreciado de éste modo:

—¡Querría ser feliz! —exclama Saint-Exupery, a veces.

Pero, por la noche, es preciso abandonar de nuevo la capital.

Todos sus amigos sufrimos tanto como él por causa de su oficio de representante. Yo veía a Antoine como un hé-

roe de Balzac, conquistando, con la punta de su pluma de oro, la gloria, París y el mundo, que, en efecto, un día tendría o sus pies.

Cuando, después de ese primer éxito suyo, me mostré asombrada porque no eligiera sin más la carrera literaria, me contestó:

—Antes de escribir hay que vivir.

Eco admirable de otra frase ya formulada:

—¡Escribir es una consecuencia!

De nuevo, busca a su alrededor. Uno de sus antiguos profesores conoce al administrador de la «Compañía Latécoère», Van a ponerse en servicio nuevos aviones postales y comerciales. Hacen falta nuevos pilotos. Antoine vuelve a sentir la antigua llamada, y se decide; ¡Basta de oficinas, de comercio, de camiones!

—Yo no tenía otro capital que arriesgar —explicará, lúcidamente—, más que mi propia piel.

Su solicitud sigue su curso. Luego, súbitamente, se despide de nosotros (VI, VII, VIII, p, 1271).

Estando Antoine lejos, nosotros, sus amigos, le escribíamos. Yo le escribía, Pero no lo bastante. No con la frecuencia necesaria. Como los curanderos, necesitábamos algún tiempo para rehacer aquel fluido antisoledad que él reclamaba.

Y las cartas se cruzaban entre nosotros, sin discriminar claramente el «amor amistad» del amor propiamente tal, que va más aprisa. Antoine me enviaba desde Toulouse, su puerto de matrícula, las primeras impresiones de su nueva existencia (IX, X, XI, p. 1275).

Basta una disonancia o un silencio para que se levanten, más imperiosos, los temas de la naturaleza profunda de Antoine. *Melancolía*, «originalidad física debida al genio», decía Goethe; desgracia, ante los embates de la vida esta vulnerabilidad del poeta, que, sin embargo, le permite captar las voces celestes; *soledad* sombría o, según él, «casi maravillosa»; búsqueda ansiosa del «sentido de la vida»; compa-

ñerismo, no sin choques, con la *Naturaleza*: influencia del tiempo, batallas con los elementos, expansiones cordiales ante su sonrisa. Humor y amor de la vida. Llamada del *oficio*, siempre todopoderoso, y del *peligro*, que irá siempre en aumento.

La carta que lo precisa tiene tal alcance que el propio Antoine ve en ella un primer contacto con la *muerte*, a la que, por otra parte, nunca temió metafísicamente.

—Es como nacer.

Y hablaba a menudo de ella.

Pero, aquella vez, surgió bruscamente: ... *Una inteligencia nueva, indefinible*.

Igual que, para franquear un terrible paso, retrocede a su *infancia* más lejana: *Esto me recuerda mis sueños de marcha de cuando era chiquillo*.

Hay otro más allá que le parece comparable a la muerte. Lo ve igualmente hermético e inaccesible. Es el universo del corazón: *Eso me recuerda un rostro... He sentido el momento exacto de la distracción*. Es el instante del: *Ruptura, imposible evitar caída*, escrito entre el cielo y la tierra. Es el advenimiento de la angustia (XII, XIII. p. 1279).

Si comparáramos la resonancia humana y poética de Antoine con la de un *stradivarius*, habría que atribuirle a la calidad de su *alma*. Como en el precioso instrumento, la exacta colocación de este hogar vibrante lo permite todo. La increíble presión de las cuerdas, del brazo, del arco, esta terrible prueba, la soporta el «alma» y la corona con un canto.

Pero la cuerda grave no siempre puede responder, En el gran artista que es ya Saint-Exupéry, vuelven brillantes, tercas, tiernas variaciones sobre su otra vieja amiga, la provincia. «Tonio es un provinciano», decía Léon-Paul Fargue, El lazo podía caer hecho polvo, pero permanecía su rastro sentimental.

A veces, perfila verdaderos decorados. *Ballets* regionales, cada uno con su protagonista femenina. Veremos el quiosco de periódicos y la estanquera de Toulouse; Pepita, la posadera española... La pequeña ciudad andaluza donde rebrilla lo noche de 1º de enero.

Todas las Cármenes de Alicante, y las tenderas de Perpignan... (XV. XVI, XVII, XVIII, p. 1285).

Antoine, a la sazón, hace posible la existencia de un servicio postal regular hasta Dakar, o pesar del estado de los aparatos y de los motores, y de la hostilidad de los árabes. Algunas tribus no están sometidas. Disparan contra los aviones. Hacen prisioneros a los pilotos, exigen rescate por ellos, los torturan...

Poco tiempo atrás, la vida en común le pesaba: «Tengo demasiada necesidad de ser libre». Ahora, la amenaza que pesa sobre sus camaradas le impide dormir. Están viviendo una semiguerra y la estrecha solidaridad que nace en África va a perdurar y crecer. En el seno de esa fraternidad, los rasgos de Antoine, de «Saint-Exu», van a fundirse, a grabarse en los ya legendarios de Saint-Ex.

Pronto le nombran comandante en Cap Juby; un barracón de planchas le espera allá, adosado a un fuerte español; escala en pleno desierto, en plena disidencia. Averías bajo la fusilería de los «rezzous». Batallas o tratados con los moros. Persuasión de los españoles, aliados eventuales.

—¡Qué día de Año Nuevo tan lleno de promesas! —exclamaba, en el curso de una noche hechizadora, el primero de enero de 1927. A los dos días (el 3), describe la vela de armas en que su imagen, traqueteada, disgregada, escapa todavía a su comprensión; *Soy juguete de tos vientos... ya no me reconozco* Pero para que Saint-Exu armado caballero se levante y vaya a pacificar a los moros, el colegial, el paje, el pequeño príncipe tienen que dormirse (XIX, XX, p. 1290).

En la primavera de 1929, África es conquistada. Han bastado dos años. Afluyen los testimonios, las noticias. Un héroe de la Edad Media: ésta es la figura que evoca Saint-Ex en el fuerte de Cap Juby. En plena disidencia entre Agadir y Cisneros. Exigiendo del cielo tórrido la llegada y el despegue de sus aviones. Haciendo lo imposible por asegurar su seguridad. Solo en su relevo perdido; en su celda de planchas, en su célebre bata.

—¡Qué vida de fraile llevo aquí!

Y de jefe, sobre todo. En avión, en camello, a pie, arriesga mil veces la vida. Libra batallas sangrientas o diplomáticas, salva a pilotos extraviados. Lloro a las víctimas... Reduce o vence a sus enemigos, convence a los españoles de la urgencia de su apoyo. Espléndido, deslumbrante, asombroso más que guerrero. Las frentes se inclinaran, en esta cruzada.

Entonces, Saint-Exupéry obtiene un permiso para volver a Francia, ¿No ha realizado según su propia unidad la del grupo, la del equipo? De vuelta a París, estrecha contra su pecho el original de *Correo del Sur*, homenaje a los primeros mártires de la línea.

Todavía le falta franquear una etapa.

De vuelta a París, nombran a Antoine director de la «Aeroposta Argentina». En otoño de 1929, debe trasladarse a Buenos Aires. Es preciso prever y crear nuevas líneas aéreas, hasta la Tierra del Fuego. Esta será su tarea inmediata. Para Antoine, este salto por encima del Atlántico es la curva armoniosa de su radiación, la flecha de oro que todavía faltaba: el éxito. Desde el círculo de compañeros y amigos, la narración de las hazañas de «Saint-Ex» va a llegar a los desconocidos, al extranjero. En quince años, comprendida la guerra y una cruel apoteosis su epopeya de aviador se convertirá en leyenda. Sus libros serán coronados de premios. *Vuelo nocturno*. *Tierra de hombres*, *Piloto de guerra*, *Carta a un rehén*, *El pequeño príncipe*, *Ciudade-*

la, conocerán una gloria no sólo literaria, sino popular, mundial.

Parece como si, distraído, el *Pequeño príncipe* solo haya presentado en esta gloria una última desgarradura (XXI, XXII, XXIII, XXIV, XXV, p, 1294)

CARTAS

Hemos tenido gran empeño en respetar el ritmo del pensamiento de Antoine de Saint-Exupéry, en la época de estas cartas. No se preocupa mucho de las comas, y suprime puntos de admiración y de interrogación. Como esos jinetes que dejan que su propia acentuación siga el instinto del pura sangre, y se adaptan a su paso.